

# DEL *BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO* AL *BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS*

Miguel Ángel CASTRO  
*Instituto de Investigaciones Bibliográficas,  
Universidad Nacional Autónoma de México*

## ANTECEDENTES

EN 1902 EL APASIONADO BIBLIÓGRAFO Nicolás León, como responsable de las publicaciones del Instituto Bibliográfico Mexicano, había comenzado a editar su *Boletín*, bajo, afirma José Ignacio Mantecón, la supervisión del erudito José María Vigil.<sup>1</sup> Este instituto, resume por su parte Nicolás León, en un artículo rescatado por Mantecón,<sup>2</sup> se había instalado en la Biblioteca Nacional el 29 de mayo de 1899<sup>3</sup> y,

<sup>1</sup> “Índice de la primera época del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, 1904-1929”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, segunda época, t. xv, núms. 1-2 (ene.-jun. 1964), p. 33.

<sup>2</sup> Este artículo de Nicolás León fue editado con el título “El Instituto Bibliográfico Mexicano. Los libros. Los bibliófilos. Los bibliógrafos mexicanos” por Ignacio Mantecón en el segundo semestre de 1963 del *Boletín de la Biblioteca Nacional* (segunda época, t. xiv, núms. 3-4, pp. 17-55), y se trata de una versión ampliada del artículo “La bibliografía en México en el siglo xix” que apareció en 1902 en el *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* (núm. 3, pp. 52-66).

<sup>3</sup> Como se sabe, el antecedente de este instituto fue la Junta Nacional de Bibliografía Científica instalada un año antes por recomendación de la Royal Society of London que en 1896 había organizado un congreso o conferencia internacional para invitar a diversos países a recopilar todas las referencias de sus obras científicas. La fecha oficial del solemne establecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano es el 29 de mayo

precisamente, entre sus bases y acuerdos más importantes que consideraban la elaboración de la “Bibliografía científica nacional” o, según el *Reglamento*, “Bibliografía general de la República”, se establecía la publicación de sus trabajos en un “Anuario bibliográfico”, así como la constitución de un centro de canje internacional y la formación de bibliografías especiales a elección de los miembros.<sup>4</sup> De acuer-

---

de 1899; sin embargo, encontramos que aparecieron diversas notas sobre los trabajos preparatorios más o menos un mes antes en *El Imparcial*: el 3 de mayo se informaba sobre la presentación del reglamento del instituto que había tenido lugar durante una reunión celebrada dos días antes y en la que estuvieron presentes Jesús Sánchez, Jesús Galindo y Villa, Porfirio Parra, Agustín Aragón, Rafael Aguilar, Ángel M. Domínguez, José María Vigil, José María Ágreda, Luis González Obregón y Eugenio Zubieta. Se discutió si debían incluirse las obras de extranjeros que tratan sobre México, impresas dentro o fuera del país y se acordó circunscribir la labor del instituto a obras de autores mexicanos impresas en México o fuera de la República para formar la *Bibliografía mexicana*, y a obras de autores extranjeros publicadas en nuestro territorio para hacer una *Historia tipográfica*, asimismo, se determinó publicar un *Anuario bibliográfico*. El 11 de mayo en *El Imparcial* en la nota “Inauguración del Instituto Bibliográfico Mexicano. Canje de las publicaciones”, se hace referencia, entre otras cosas, a la relación del instituto con los delegados de las sociedades científicas Antonio Alzate, Geografía y Estadística, Academia de Ciencias, Historia Natural, Ingenieros y Arquitectos, y Pedro Escobedo, así como a su responsabilidad en el canje de publicaciones; y el 29 del mismo mes se anunció que tendría lugar la sesión inaugural en la que se distribuirían entre los socios los nombramientos otorgados por el presidente de la República, Porfirio Díaz, a quien, por cierto, le fue concedido el nombramiento de Presidente Honorario que se hizo constar en un diploma cuya labor artística era “positivamente admirable y digna de mención”, según se informaba en una nota del 2 de agosto en el mismo diario.

<sup>4</sup> El *Reglamento para el régimen interior del Instituto Bibliográfico Mexicano* está compuesto por 30 artículos y sus once páginas fueron impresas por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento en 1899. Este documento y el índice de contenido de los once números del *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* se reprodujeron en el libro *Índices. Boletín de la Biblioteca Nacional de México (1904-1929; 1959-1967). Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (1969-1982; 1987-1995)*, que tuve oportunidad de publicar con el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas en 1997, y de hecho, constituye la base de este trabajo.

do con Mantecón, el balance de los trabajos del Instituto Bibliográfico Mexicano fue muy positivo porque representa el primer intento de sistematizar y organizar la producción bibliográfica nacional y porque las obras que financió aunque pocas, son muy importantes, y explica que si no llegó más lejos se debió a su breve existencia.<sup>5</sup> En efecto, el *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII* preparado por Vicente de P. Andrade alcanzó a ver la luz gracias al apoyo que le dio la institución,<sup>6</sup> y la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* de Nicolás León, ocupó poco más de dos terceras partes de los once números del *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano* que se publicaron entre 1902-1909.<sup>7</sup> Ambos trabajos le brin-

<sup>5</sup> “Cambios políticos llevaron al Instituto a tener, prácticamente, muy corta vida. Las reuniones se celebraron normalmente mientras fueron secretarios de Justicia e Instrucción Pública los licenciados Baranda y Justino Fernández. Creada la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905 —cargo que ocupó el licenciado Justo Sierra— entró en franca decadencia [...]”, escribió Mantecón (“El primer Instituto Bibliográfico Mexicano”. En *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* (segunda época, t. XII, núms. 3-4, jul.-dic. 1961, p. 16.) con base en las afirmaciones de Nicolás León que declaró que “De hecho el Instituto subsistió hasta el año de 1902 y de nombre, por sus publicaciones, hasta 1908”. León, “El Instituto [...]”, p. 52. Sobre la vida del Instituto Bibliográfico Mexicano como antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, María del Carmen Ruiz Castañeda, Ernesto de la Torre Villar y el autor de estas líneas leímos sendos trabajos en una mesa redonda organizada con motivo del centenario del primero, y treinta del segundo. Las versiones cortas de la ponencia de Ruiz Castañeda y de la mía fueron publicadas en la *Nueva gaceta bibliográfica* con los títulos respectivos de “El Instituto Bibliográfico Mexicano, antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, en su XXX aniversario” y “Hacia la profesionalización del quehacer bibliográfico” (UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, año 2, núms. 2-4, abr.-dic. 1999, pp. 30-39.)

<sup>6</sup> Andrade reconoció este apoyo en la breve introducción de su obra, que se publicaba con cierta lentitud en el boletín de la Sociedad Alzate, y que gracias al apoyo del ministro de Justicia e Instrucción Pública y presidente del Instituto Bibliográfico Mexicano, Joaquín Baranda, logró editarse en la imprenta del Museo Nacional en 1899.

<sup>7</sup> León, socio de número del instituto, agradece a Joaquín Baranda, al sucesor de éste, Justino Fernández, y a Victoriano Agüeros haber recabado la autorización del presidente Porfirio Díaz que le otorgaba una subvención mensual para escribir su bibliografía. Vid. “Al lector”, en *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano*, 1 (1902), p. IX.

daron valiosos servicios al chileno José Toribio Medina para la redacción de su *Imprenta en México (1539-1821)*. Otras obras que acogió el instituto como resultados de los acuerdos tomados por la Junta Nacional de Bibliografía Científica, fueron los correspondientes a la bibliografía del Estado de México de Manuel de Olaguíbel y Enrique Iglesias.

No sobra insistir en que con estos trabajos se reafirmó la ya importante tradición bibliográfica mexicana. El *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* se editaba, si bien con interrupciones, desde 1839, y daba cabida a artículos sobre bibliotecas y asuntos de carácter bibliográfico como las “Observaciones acerca de la proyectada reimpresión de la *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* del doctor Beristáin”, redactadas por don Joaquín García Icazbalceta; en 1844 se publicó en el *Museo mexicano* tal vez el primer señalamiento de la importancia de la bibliografía como disciplina que hizo Melchor Ocampo en un artículo en el que comentó 29 obras sobre lenguas indígenas; entre 1853-1856 un grupo considerable, por su renombre y número de literatos, vacía su ilustración o erudición libresca en los diez tomos del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* coordinado por Manuel Orozco y Berra y editado por José María Andrade. Más adelante, y a partir sobre todo de la restauración de la República en 1869, periódicos y revistas como *El Renacimiento*, en los que Ignacio Manuel Altamirano insertaba sus “Boletines bibliográficos”, dedicaron espacios para comentarios, reseñas y notas sobre temas relacionados con el libro, la prensa, la imprenta y las bibliotecas. Durante ese tiempo se establecieron más agrupaciones y sociedades científicas y literarias dentro y fuera de la ciudad de México que organizaban reuniones y veladas para leer y comentar las obras de sus miembros así como las novedades editoriales. Muchas de estas asociaciones contaban con un órgano de información o bien editaban los trabajos de sus agremiados si contaban con fondos o mecenas, como es el caso de las *Memorias* de la Academia Mexicana y de la Sociedad Científica Antonio Alzate,<sup>8</sup> *El Liceo*

<sup>8</sup> La Sociedad Científica Antonio Alzate, fundada en 1884, publicó

*Hidalgo, Netzahualcóyotl y El Liceo mexicano*, sendas revistas de las sociedades del mismo nombre.<sup>9</sup> Esta última, fundada en 1885, fue particularmente cercana a la Biblioteca Nacional ya que en varias ocasiones celebró sesiones en su edificio, el ex templo de San Agustín. En su revista encontramos que José María Vigil, solicitado para hacer una definición del pensamiento y los trabajos de la agrupación que alcanzaba cinco años de existencia, prefigura en cierto modo el plan editorial del *Boletín de la Biblioteca Nacional*:

*El Liceo mexicano* entra en una nueva época notablemente mejorado, lo cual es signo manifiesto de la robustez adquirida por la Sociedad de la cual es órgano. El compromiso que espontáneamente han contraído sus redactores de aumentar el material de lectura, será cumplido con exactitud, pues disponen de abundante caudal, alimentado constantemente por la actividad colectiva de los socios. La formación de una antología mexicana; la colección de documentos para nuestra historia; la publicación de composiciones póstumas e inéditas de nuestros mejores literatos, son ideas felices que darán a la publicación variedad y deleite, ofreciendo a la vez escogida copia de noticias y datos instructivos.<sup>10</sup>

Resta mencionar la presencia renovadora hacia el final del siglo XIX de las importantes publicaciones modernistas

---

una *Revista científica y bibliográfica* en 1899 bajo la dirección de Rafael Aguilar y Santillán, secretario perpetuo. Compuesta de reseñas destinadas a informar a la comunidad científica sobre obras publicadas en otros países, muestra la generosidad de los miembros de la Sociedad Alzate que generalmente no las firmaron. Esta interesante revista acompañaba las *Memorias* de la agrupación con foliación propia.

<sup>9</sup> Alicia Perales Ojeda ofrece una valiosa lista de las agrupaciones que tuvieron órgano de divulgación en su libro *Asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Literarios-Imprenta Universitaria, 1957, pp. 237-245. Al interesado se le recomienda consultar la nueva edición de esta obra publicada en el año 2000, por la Universidad Nacional Autónoma de México dentro de la colección «Ida y regreso al siglo XIX» que impulsa el Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades.

<sup>10</sup> «Introducción», en *El Liceo mexicano*, t. 6, núm. 1 (nov. 1890), p. 3.

*Revista Azul, Revista Moderna y El Mundo Ilustrado* que indudablemente favoreció el cultivo de los estudios literarios y, en general, el interés por los impresos.

EL *BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL*. PRIMERA ÉPOCA

La creciente difusión de estudios bibliográficos y la multiplicación de los quehaceres relacionados con las bibliotecas demostraban la madurez e importancia que ambos habían alcanzado en el país al cambio de siglo. Para atender sistemáticamente tales necesidades se señaló una institución: la Biblioteca Nacional, que consideró entre sus trabajos, por supuesto, una publicación regular, un boletín. Para acercarnos a la óptica de su fundador conviene recordar que 24 años después de haberse hecho cargo de la conducción de la Biblioteca Nacional, quince de estar formando sus escrupulosos catálogos y más o menos cinco de haber participado en la fundación del primer Instituto Bibliográfico Mexicano como vicepresidente, José María Vigil se entusiasmaba por la multiplicación y fomento de las bibliotecas en el país, “centros permanentes de propaganda civilizadora”, confirmaba su fe en los afanes educativos del régimen, y se felicitaba de poner en marcha el proyecto que coronaría su labor administrativa como director y su obra bibliográfica como amante de los libros: la publicación del *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* en cuyo primer número del 31 de julio de 1904 informaba a sus lectores:

Lo que se ha avanzado por este camino revela, a no dudarlo, una de esas evoluciones espontáneas que agitan a los pueblos, cuando en ellos se despierta el anhelo de levantarse a un orden superior de cultura, anhelo acariciado por legítimas esperanzas que acaban realizándose en gloriosas manifestaciones; y coadyuvar por nuestra parte a la consecución de tan noble idea, es un deber patriótico que nos proponemos cumplir hasta donde nos sea posible en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*.

El solo nombre de esta publicación indica su objeto y su importancia, pues a nadie puede ocultarse la conveniencia de

que el establecimiento a que se refiere posea un órgano de información sobre todo lo que de algún modo contribuye a su mejoramiento y desarrollo progresivo. También es necesario dar a conocer por medio de la imprenta manuscritos preciosos que el tiempo ha respetado, y obras interesantes sobre nuestra historia, nuestra literatura y demás ramos del saber, que han llegado a ser muy raras y están expuestas a una completa desaparición. Por otra parte, revistiendo un interés verdaderamente nacional todo lo que de alguna manera concierne a las bibliotecas públicas que existen en los Estados y Territorios de la Confederación Mexicana, ofrecemos las columnas del *Boletín* a cuantos datos y noticias se nos comuniquen de esos establecimientos que tan poderosamente influyen en el progreso intelectual de los pueblos.

Tal es el programa que seguiremos en la presente publicación a reserva de las modificaciones que vaya indicando la experiencia.

La primera época del *Boletín* abarca trece tomos, y va de 1904-1929, sin embargo y como se sabe, se publicaron con algunas irregularidades en su numeración y cambios de frecuencia de aparición, sin interrupciones de julio de 1904 a julio de 1913, 141 números (dos de ellos extraordinarios dedicados a José María Vigil, 1909, y Alejandro de Humboldt, 1910) en diez tomos, y con muchos saltos los cuatro números que formaron el tomo 11, de noviembre de 1915 a octubre de 1916, las nueve entregas del número 12, de julio de 1917 a diciembre de 1920, y el único número del tomo 13 que corresponde al primer bimestre de 1929. La razón: los agitados tiempos de la Revolución y sus consecuencias. Para tener una idea de la forma en que se afectó el desarrollo y progreso de los trabajos de la Biblioteca Nacional basta recordar que entre 1913-1929 se hicieron cargo de su dirección, después de Vigil y Francisco Sosa, trece personajes de la vida cultural y política de aquellos años: Rogelio Fernández Güell (1912-1913), Luis G. Urbina (1913-1914), Luis Manuel Rojas (1914-1917), Martín Luis Guzmán (1915), Genaro Palacios Moreno (1915), Ciro B. Ceballos (1917-1918), Agustín García Figueroa (1918-1919), Juan B. Iguíniz (1919-1920), Agustín R. Ortiz (1920), Vicente Garrido Alfaro (1920), Ma-

nuel Mestre Ghigliazza (1920-1926), Joaquín Méndez Rivas (1926-1928) y Esperanza Velázquez Bringas (1929). Apoyaron a los directores en la edición del *Boletín* los distinguidos bibliógrafos Agustín Monteagudo (1904-1906), Luis Castillo Ledón (1906-1907), Luis González Obregón (1907-1910) y Nicolás Rangel (1910-1913). Francisco González Guerrero, Ranulfo Penagos y Antonio Tagle acompañaron a Juan B. Iguíniz en la difícil tarea de sacar adelante los tomos 11 y 12 de la publicación (1916-1920), y, al parecer Rafael Aguilar Santillán, nombrado subdirector por Esperanza Velázquez Bringas, solamente logró sacar de la imprenta el rezagado y solitario número del tomo 13 de esta primera época en 1929, a pesar de las buenas intenciones de la directora de continuar la publicación.<sup>11</sup>

El contenido del *Boletín* durante esta primera época no fue siempre de la misma calidad, Mantecón anota que tras la

<sup>11</sup> Esperanza Velázquez Bringas anunciaba en los primeros párrafos de ese número que “Entre las medidas adoptadas por la dirección, para reorganizar los diferentes servicios, figura la publicación de este *Boletín* que se había interrumpido, por diversas causas, desde 1922; año en que acabó de imprimirse el número 9 del tomo XII, correspondiente al periodo de julio a diciembre de 1920.

A partir del presente número, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* aparecerá cada dos meses, en vez de cada semestre como antes, con el fin de que las informaciones que contiene acerca de las obras adquiridas por la biblioteca y de las obras de la propiedad artística registradas resulten oportunas.

Este *Boletín* se enviará, como de costumbre, a las instituciones del país y extranjeras que remitan sus publicaciones en canje, a la Biblioteca Nacional de México, y a todas las personas que lo soliciten”.

El *Reglamento interior de la Biblioteca Nacional* que se editó ese año establecía las funciones del boletín en tres artículos: “46.- La Biblioteca Nacional publicará mensualmente una Revista Bibliográfica-Científico-Literaria, donde dará cuenta de las obras recibidas, ya sean nacionales o extranjeras. 47.- En la Revista se podrán publicar composiciones literarias o científicas de autores nacionales, como un medio de propaganda y siempre que el Director lo estime conveniente; pero en todo caso se dará preferencia a las noticias bibliográficas, informes, etc., etc. 48.- El Director del Boletín será remunerado y de nombramiento del Ejecutivo”. Firma como autor P. Romero Bosque y da su ratificación el subsecretario de Instrucción Pública J. Max Olano. México: San Salvador Imp. Nacional, 1929, p. 14.

muerte de José María Vigil tuvo una “vida lánguida” porque, a partir de entonces, varios números no contienen otra cosa que la “Sección informativa”, trabajo de “carácter burocrático”, lo calificó Luis G. Urbina, quien intentó durante su gestión devolverle su interés bibliográfico. En efecto, bajo la guía de Vigil, aparecieron sus informes, su propuesta sobre la división de materias y la formación de los catálogos de la Biblioteca Nacional, artículos sobre su historia, la de otras bibliotecas del país y del mundo, asimismo, se editaron transcripciones de manuscritos de misioneros y documentos históricos custodiados por el repositorio, algunos poemas y discursos, notas bibliográficas, traducciones de noticias afines y reseñas de diversa índole. Con la desaparición del fundador del *Boletín*, la “Sección informativa”, destinada a presentar estadísticas y dar cuenta de las adquisiciones y la propiedad literaria, ocupó el espacio que dejaron los textos de interés y solamente con la llegada de Urbina y Rangel recuperó algo de su altura anterior. Sin embargo, y a la distancia, esta sección meramente cuantitativa, señalaba Mantecón en 1964, “constituye hoy la única guía para el estudio de la producción libraria en los albores de nuestra centuria”.<sup>12</sup> Cabe resaltar la publicación de dos interesantes números extraordinarios, uno dedicado a Vigil en febrero del año en que murió, y el otro dedicado a Humboldt en agosto de 1910. Colaboraron durante esta primera época del *Boletín*, además de los directores y editores responsables citados, Nicolás León, José María Ágreda y Sánchez, Agustín Loera y Chávez, Francisco Fernández del Castillo, Jesús Galindo y Villa, Ramón Mena y Manuel Romero de Terreros y Vinent.

#### UN HERMANO MENOR

Compañero de aventura o hermano menor y, a mi modo de ver, continuador de la primera época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* durante algunos de sus años más difíciles es *Biblos: Boletín semanal de información bibliográfica publi-*

<sup>12</sup> “Índice de la primera [...]”, p. 33.

*cado por la Biblioteca Nacional.*<sup>13</sup> Es muy probable que la publicación de esta modesta revista haya sido causante del retraso tan prolongado de la aparición del tomo 13 del *Boletín de la Biblioteca Nacional*. En la declaración de motivos que estamparon los editores de *Biblos* en su primer número del 18 de enero de 1919, al tiempo que se justificaba su nacimiento, se advertía que estaba en prensa el volumen XIII del *Boletín*, y que, debido a su carácter especial, sólo circulaba entre las instituciones similares tanto nacionales como extranjeras, entre otras de carácter científico y entre los profesionales. De manera que encontramos dos cosas: que el *Boletín* debió retirarse de las prensas, puesto que ninguna imprenta se hubiera demorado diez años en imprimir más o menos 300 páginas, y que tal vez fue Juan B. Iguíniz quien distrajo la atención editorial de alguno o de los tres directores de la Biblioteca Nacional entre 1919-1925, Agustín García Figueroa, Vicente Garrido Alfaro y Manuel Mestre Ghigliazza, para dar preferencia a un órgano consagrado

[...] única y exclusivamente a la vulgarización de los conocimientos bibliográficos, a informar sobre las nuevas adquisiciones, haciendo juicios expositivos sobre las principales, a dar a conocer las figuras más prominentes tanto en la ciencia como en las letras, a presentar en forma clara y breve cuantas noticias sean oportunas acerca del movimiento bibliográfico universal y en fin, a todo aquello que despierte el interés y la curiosidad en cuanto tenga relación con las ciencias bibliográficas.

En realidad, escribir lo anterior no era más que repetir la totalidad de las intenciones del hermano mayor, porque *Biblos* también ofrecía sus columnas para difundir las actividades de otros centros de naturaleza semejante. Iguíniz y

<sup>13</sup> El título original de esta revista fue *Biblios*, más apegado a la etimología, pero solamente lo conservó cuatro meses, pues fue cambiado en el número 40 por el de *Biblos*. Nombre que, por cierto, siete años antes, el librero Francisco Gamoneda había dado a una sencilla, pero interesante revista cultural que alcanzó ocho números.

sus colaboradores debieron considerar poco práctica la forma en que se editaba el *Boletín*, así que para no darle fin a la obra del insigne director fundador, lo hicieron a un lado discretamente de 1919-1926<sup>14</sup> por una publicación semanal de más fácil distribución —era gratuita—, en formato de medio tabloide, cuatro páginas con artículos más breves, notas de cultura general, reseñas e información sucinta de adquisiciones y trabajos de la Biblioteca Nacional. Este boletín semanario debe buena parte de su fama a la sección denominada “Escritores mexicanos contemporáneos”, cuya regularidad le permitió publicar 179 biografías<sup>15</sup> anónimas de las jóvenes promesas y los talentos reconocidos de la época, que en algunos casos son la única fuente de información sobre su vida y su obra, pues el mérito de estos artículos consiste en referir la producción de los escritores, además del de incluir sus retratos. Esta especie de “diccionario biográfico de la literatura mexicana de principios del siglo XX” publicado por entregas anticipa el *Diccionario de escritores mexicanos* preparado por Aurora Ocampo y Ernesto Prado en 1967.<sup>16</sup> El responsable o principal promotor de *Biblos*, como hemos anotado, de-

<sup>14</sup> *Biblos* tuvo dos épocas: la primera, del 18 de enero de 1919 al 4 de noviembre de 1922 y comprende 198 números; la segunda, de mayo de 1925 a julio de 1926 y alcanzó quince entregas solamente. Sufrió una suspensión de dos años y medio.

<sup>15</sup> Casi podría afirmarse que apareció una biografía por número porque de los 213 que integran la colección de *Biblos*, hay que recordar que algunos fueron dobles y que las dos últimas entregas de la segunda época agruparon tres y seis números, del 6-8 y del 9-15, respectivamente.

<sup>16</sup> Esta investigación continúa desde entonces bajo la coordinación de Aurora Ocampo en el centro que la vio nacer, pero enfocada a los autores del siglo xx, es decir de los miembros del Ateneo de la Juventud a nuestros días. En 1999 el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM publicó el libro *Biblos. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su Galería de escritores mexicanos contemporáneos*, se trata de una edición de los índices de la revista y de la recopilación de las biografías, realizadas por Guadalupe Curiel, Miguel Ángel Castro y Luis Mario Schneider, por iniciativa de este último, autor del estudio preliminar de la obra y quien desafortunadamente no alcanzó a tenerla entre sus manos.

bió ser Juan B. Iguíniz que contó con el apoyo de un disciplinado joven redactor, contratado como auxiliar de publicaciones de la biblioteca, nada menos que Francisco Monterde García Icazbalceta.<sup>17</sup> A pesar de que la mayor parte de los textos aparecieron sin firma encontramos entre los colaboradores a bibliógrafos y bibliófilos como Luis González Obregón, Genaro Estrada, Federico Gómez de Orozco, Juana Manrique de Lara, Enrique Santibáñez y Rafael Heliodoro Valle.

Una publicación pariente del *Boletín* y de *Biblos* vino a seguir sus pasos con buena fortuna. La Secretaría de Educación Pública bajo la responsabilidad de José Vasconcelos, siempre interesado en la promoción de la lectura, dio particular atención a las bibliotecas y en 1922 creó la Dirección Central de Bibliografía que hizo suyos varios fines del desaparecido Instituto Bibliográfico Mexicano, entre ellos el de publicar un boletín bibliográfico mensual como órgano informativo de las bibliotecas oficiales, su título sintetizó los propósitos: *El Libro y el pueblo*.<sup>18</sup> Los fundadores fueron Vicente Lombardo Toledano y Jaime Torres Bodet, les siguieron en las seis épocas que vivió —llegó a su fin en 1970— Gilberto Loyo, Rafael Heliodoro Valle, Gui-

<sup>17</sup> Francisco Monterde nos hizo saber de esta responsabilidad en la conferencia sobre revistas literarias mexicanas del primer cuarto del siglo xx que leyó dentro de dos ciclos que sobre el asunto organizó el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes en 1962-1963. Con base en este testimonio puede otorgársele a Monterde si no la autoría de todas las biografías de escritores mexicanos publicadas en *Biblos*, sí una participación definitiva en la organización y disposición de tan extensa galería. *Las revistas literarias de México*. México: INBA-Departamento de Literatura, 1963, p. 129.

<sup>18</sup> Nace esta revista porque pretende llenar un vacío dentro de la prensa independiente del país y dentro de las publicaciones oficiales de la Secretaría de Educación.

Hasta antes de ahora no se ha hecho un periódico exclusivamente destinado a orientar al público en la elección y lectura de libros. Esta labor se realiza elementalmente en la escuela y se olvida después por el individuo y se abandona por el Estado. Por esta causa *El libro y el pueblo* toma para sí la tarea de cultivar el amor a la lectura y, sobre todo, la misión de enseñar la manera de ahorrar el tiempo, indicando qué debe leerse y en dónde puede leerse”, t. 1, núm. 1 (mar. 1922), p. 1.

lermo Jiménez, Alberto Quiroz, Margarita Michelena, Xavier Wiemer, Andrés Henestrosa, Salvador Pineda y Fedro Guillén. *El Libro y el pueblo* cubrió durante las décadas de los años veinte y treinta el espacio dejado por los boletines de la Biblioteca Nacional, desde su tercer número apareció la sección de bibliografía que ocupó más adelante la mayor parte de sus páginas. Antonio Acevedo Escobedo, María Luisa Ocampo, Juana Manrique de Lara, Ricardo Cortés Tamayo, Alfonso Reyes, Mauricio Magdaleno y el inquieto Francisco Monterde se cuentan entre sus colaboradores.

#### EL BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. SEGUNDA ÉPOCA

La Biblioteca Nacional se quedó sin órgano difusor de sus trabajos durante más de 20 años. Debió influir el hecho de que en 1929, obtuviese su autonomía la Universidad Nacional de México y se pusiera bajo su custodia la biblioteca. Se terminaba una etapa de cambios y alteraciones que habían obstruido su buen funcionamiento. De modo que, vuelta la calma, entre las tareas más urgentes no figuraba la edición de su revista. Cinco directores, de 1929-1965, Enrique Fernández Ledesma, Aurelio Manrique Jr., José Vasconcelos, Juan B. Iguíniz y Manuel Alcalá se sucedieron y permanecieron en el cargo un tiempo considerable, lo que les permitió echar a andar diversos proyectos encaminados a mejorar la situación de la biblioteca como los siguientes: el traslado de periódicos y revistas al ex templo de San Pedro y San Pablo para establecer en 1944 la Hemeroteca, catalogación de incunables y folletería, edición de obras, encuadernación de materiales, creación de secciones especiales, cambio de la clasificación de Namur a Dewey, formación del catálogo diccionario, restauración general del ex templo de San Agustín —que obligó a suspender y restringir el servicio al público más de diez años, de 1952-1963—, fundación de una sección tifológica, construcción de una bóveda de seguridad para las joyas bibliográficas y manuscritos antiguos, el restablecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano como extensión de la bi-

biblioteca para hacerse cargo, entre otras graves tareas, de la bibliografía nacional corriente y la publicación de anuarios bibliográficos, de la edición de bibliografías especializadas y la coordinación de las labores bibliotecológicas de todo el país, y, por supuesto, llegó el turno de la publicación de una nueva época del *Boletín*.

La segunda época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* inició durante la gestión de Juan B. Iguíniz que decidió en 1950, revivirlo para cumplir con la misión asignada desde su fundación, y todavía más comprometido con los avances de la ciencia bibliotecológica en el plano internacional y otros elevados propósitos que anuncian los editores con no poca exaltación en la presentación del primer número:

El objeto de la publicación será como lo fue desde sus principios, dar a conocer las actividades de la Institución y tener al corriente a los estudiosos y amantes del libro, tanto de las nuevas adquisiciones, como de las riquezas que constituyen su caudal bibliográfico, con la esperanza de contribuir de esta suerte a despertar el interés por las letras, y el estudio de nuestros autores, cuya producción intelectual ha aumentado considerablemente en nuestros días.

Mas no únicamente abordaremos las cuestiones meramente bibliográficas, sino que, introduciéndonos en el campo de la Biblioteconomía nos ocuparemos de los problemas actuales sobre tan importante materia, que tanta atención se les presta en todos los países cultos, y secundando hasta donde sea posible los propósitos de la Organización de las Naciones para la Educación, la Ciencia y la Cultura de laborar por la iniciación de los métodos y sistemas encaminados a la organización, clasificación y catalogación de las instituciones bibliográficas para que en estrecho contacto y formando una especie de liga internacional, sus resultados prácticos sean más efectivos y produzcan en beneficio de la civilización y la cultura frutos verdaderamente apetecibles que redunden en provecho de todos los hombres sin distinción de clases ni condiciones.

Persiguiendo tales propósitos y confiando en su realización, lanzamos nuestro *Boletín* a la publicidad, esperando que no obstante las deficiencias de que pueda adolecer y que procuraremos corregir, llene, hasta donde sea posible su cometido.

Iguíniz y Alcalá encontraron un entusiasta colaborador en David N. Arce para llevar a cabo los ambiciosos y renovados cometidos, bibliógrafo entregado a la Biblioteca Nacional, dejó prueba amplia de sus empeños en la segunda época de su *Boletín*. Ignacio Osorio consideraba incluso que a él se debía la reanudación de la publicación, y que gracias a su dedicación se entregó regularmente cuatro veces al año, entre 1950-1962, el ejemplar correspondiente; sin Arce, añadía, no podría explicarse el florecimiento que tenía el *Boletín* para ese entonces, 1966, año en que murió.<sup>19</sup> Le sucedió en la misión otro apasionado del libro, José Ignacio Mantecón, que contó durante algún tiempo con la ayuda de Ignacio Osorio, ya bajo la dirección de Ernesto de la Torre Villar.

La segunda época del *Boletín de la Biblioteca Nacional* comprende 72 números en 18 tomos, cuatro números trimestrales publicados con cierta irregularidad de 1950-1967. Los colaboradores fijos, miembros de la biblioteca, se hicieron cargo de sus secciones puntualmente, y se dio cabida esporádicamente a otros autores cuyos trabajos fueron del interés de la revista. Como ya se señaló, destaca la presencia del secretario redactor David N. Arce, con una buena cantidad de reseñas agrupadas en su "Fichero crítico";<sup>20</sup> le siguen Juan B. Iguíniz que publicó artículos sobre la historia de la Biblioteca Nacional, la vida y obra de José Toribio Medina, la salida de libros del país y las asociaciones culturales de Guadalajara; Alberto María Carreño que describió manuscritos e incunables de la biblioteca, estudió la vida, obra y biblioteca de Luis González Obregón y sacó varias notas sobre la aparición de primeros impresos en América; Rafael Heliodoro Valle y sus bibliografías de Juan de Dios Peza, fray Alonso de la Veracruz y Miguel Hidalgo y Costilla, su esposa, Emilia Romero de Valle,

<sup>19</sup> "In Memoriam: David Niño Arce (1913-1966)", en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, segunda época, t. xvii, núms. 3-4 (jul.-dic. 1966), p. 95.

<sup>20</sup> Alternó con Arce en esta sección, de julio de 1950 a marzo de 1952, un autor que firmó sus reseñas con las siglas A. P. G., que todavía no hemos podido averiguar a quien corresponden.

igualmente aficionada a los libros, colaboró con él en esta última y editó una lista de los seudónimos de don Rafael, y Alberto Valenzuela Rodarte entregó 29 capítulos de un ensayo historiográfico de literatura mexicana. Aparecieron durante los primeros diez años, ciertamente con menor frecuencia, las plumas y fichas de historiadores y bibliómanos como Joaquín Díaz Mercado, Rafael Carrasco Puente, director fundador de la hemeroteca, Juana Manrique de Lara, Roberto Ramos, Jorge Gurría Lacroix, Tobías Chávez, Héctor R. Olea, Ignacio B. del Castillo, Manuel Toussaint, Federico Gómez Orozco, Francisco Gamoneda, Felipe Teixidor, Alexandre M. Stols, Manuel Alcalá y Alicia Perales Ojeda. En 1960 ingresó a las páginas del *Boletín* una nueva generación de bibliógrafos e investigadores de la Biblioteca Nacional: Guillermo Fernández de Recas, Gloria Escamilla, Carmen Crespo de Cebreros, Agustín Millares Carlo, Rafael Montejano y Aguiñaga, Ernesto de la Torre Villar, Ernesto Mejía Sánchez y José Ignacio Mantecón. Recibió la dirección de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar en 1965, y un grupo más de jóvenes investigadores que se habían ido interesando por los fondos de la biblioteca se inició en su órgano de difusión: Ignacio Osorio Romero, que llegó a ocupar la dirección del Instituto de Investigaciones Bibliográficas solamente un año y medio, de 1990-1991, pues lamentablemente la muerte lo sorprendió cuando ponía en marcha sus proyectos, Irma Contreras, Israel Cavazos, Germán Viveros, Luis Rublúo Yslas, Salvador Cruz, José Quiñones, Roberto Moreno de los Arcos, Gloria Grajales Ramos, Germán Viveros, Ana María Magaloni, Tarsicio García Díaz y Arturo Gómez Camacho. Muestras interesantes o curiosas de poesía, ingenio y agudeza, así como anécdotas de personajes de la cultura nacional y mundial fueron editadas en el *Boletín* a modo de viñetas bibliográficas, por ejemplo, “Cómo escoger las lecturas para los niños”, de André Maurois, “El libro como conflicto”, de José Ortega y Gasset, el conocido artículo “Libros que leo sentado y libros que leo de pie”, de José Vasconcelos, al que se suma “El libro” de Alfonso Reyes, la crítica de Manuel Gutiérrez Nájera a una escultura

de Dante que se encontraba en la biblioteca; una anécdota de Ignacio Manuel Altamirano sobre los problemas de publicación de libros en su tiempo y un poema a sor Juana, de Elías Nandino. Se obsequió también a los lectores del *Boletín*, a partir de la llegada de De la Torre Villar, con una colección de autógrafos y fotografías de autores y personajes de México y el mundo, reunida por Enrique Fernández Ledesma varios años antes, al parecer desde 1934. Se insertaron cuatro suplementos de estos autógrafos sin foliación en los últimos tres tomos de esta segunda época.

Resulta interesante observar que el cultivo de la bibliografía a partir de 1950 se encontraba distribuido entre diversas instituciones a todo lo largo y ancho del país con resultados muy desiguales, que admiten la escala de calificaciones de muy buenos a no acreditados catálogos, guías, bibliografías, reseñas cortas, medianas y largas, índices de revistas, estudios de biblioteconomía, artículos sobre la imprenta, la prensa, libros raros, manuscritos y bibliotecas en revistas especializadas y de contenido general.

#### DOS PRIMOS Y UNA PRIMA DE LAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

A mi modo de ver, situados en este recorrido sobre los voceros de la Biblioteca Nacional, interesa mencionar, así sea someramente, tres publicaciones que han caminado a su lado a partir de la cuarta década del siglo XX, ya que su aportación en materia documental ha sido muy importante, se trata del *Boletín del Archivo General de la Nación*, del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* y de *Historia Mexicana*.

La misión del *Boletín del Archivo General de la Nación*, fundado en 1930, era informativa: dar a conocer la riqueza histórica del acervo del archivo nacional. Luis González Obregón, Rafael López, Julio Jiménez Rueda, Manuel B. Trens, Ignacio Rubio Mañé, Margarita Sepúlveda Amor y Sonia María Alcalá González, directores de la institución, contaron con el apoyo y trabajos de Nicolás Rangel, Ramón

Mena, Ricardo Minenza Castillo, Francisco Fernández del Castillo, Edmundo O'Gorman, Francisco González de Cosío, Ernesto de la Torre Villar, Juan de D. Pérez Galaz, Alfonso Caso y José Bravo Ugarte, entre otros, para darle lustre a las tres series de la publicación de 1930-1988.

El *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* apareció el 20 de noviembre de 1954 con motivo de la VI Feria del Libro sin grandes planes de vida, sin embargo, su espléndida factura y aceptación le permitieron gozar de buena salud 20 años más. Interesados los editores en llamar la atención de los lectores hacia la información bibliográfica sobre temas o asuntos hacendísticos y económicos del país, pronto derivaron a lo histórico y aun a lo literario. La importancia de la aportación de esta revista a la bibliografía y a la historia del libro y la prensa se constata en sus bien elaboradas secciones “Espejo de libros”, “Conciencia de México”, “Periódicos y escritores del siglo XIX” y “Publicaciones de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público”, en los numerosos artículos, ensayos, biografías, hemerografías y bibliografías debidos a la labor de sus editores y colaboradores entre los que figuran Raúl Noriega, fundador, Manuel J. Sierra, Jesús Castañón Rodríguez, Román Beltrán Martínez, Moisés González Navarro, José Miguel Quintana, Manuel Carrera Stampa, el inquieto Ernesto de la Torre Villar, Eduardo Sierra Basurto, traductor, Luis Rublúo, Enrique González Rojo, Ernesto Lemoine y Malcolm D. McLean.

La revista *Historia Mexicana*, órgano del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, fue fundada tres años antes que el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda* por Daniel Cosío Villegas, y ha aparecido sin interrupciones hasta la fecha. Debe su prestigio a esta puntualidad y a la copiosa nómina de colaboradores en la que se alfabetizan historiadores de dentro y fuera del país que se han ocupado de estudiar su pasado desde múltiples enfoques. Todos ellos bibliófilos y algunos, además, escrupulosos bibliógrafos y atentos comentadores de libros: el fundador Daniel Cosío Villegas, Xavier Tavera Alfaro, Joaquín Fernández de Córdoba, José Torre Revello, Luis Pé-

rez Verdía, Peter Gerhard, Manuel Romero de Terreros, Stanley R. Ross, Manuel Carrera Stampa, Rafael Heliodoro Valle, Juan Hernández Luna, Germán Somolinos D'Ardois, Susana Fernández de Córdoba, Antonio Gómez Robledo, Edmundo O'Gorman, Juan A. Ortega y Medina, Agustín Millares Carlo, Israel Cavazos Garza, Lota M. Spell, José Luis Martínez, Moisés González Navarro, Lilia Díaz, Luis González y González, Ernesto de la Torre Villar, Carmen Castañeda, María del Carmen Velázquez, Gloria Grajales, José Bravo Ugarte, Manuel Ceballos Ramírez, Guillermo Tovar de Teresa, Josefina Vázquez, Andrés Lira y Luis Mu-ro que elaboró los índices de la revista. Llama nuestra atención la sección denominada "La historia y sus instrumentos" en la que tomó forma la *Bibliografía Histórica Mexicana* bajo el cuidado, primero de Xavier Tavera Alfaro, y después de Susana Fernández de Córdoba. En 1967 se independizó de *Historia Mexicana* debido al volumen creciente de trabajos: 12 450 fichas se publicaron entre 1956-1966, clasificadas por materias y en orden cronológico. Se han editado hasta la fecha, 23 volúmenes anuales de esta *Bibliografía Histórica Mexicana*.

#### EL BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS

El *Boletín de la Biblioteca Nacional* vio su fin cuando tuvieron lugar una serie de cambios administrativos en la universidad. Las reformas que se hicieron al Estatuto General de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1967, reorganizaron las dependencias dedicadas a la investigación en dos consejos técnicos, el de Investigación Científica y el de Humanidades, al que se adscribió el recién nacido Instituto de Investigaciones Bibliográficas que subordinó, a partir de entonces, a la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Nacional, la cual, por cierto, no figuraba en la legislación universitaria. De esta manera se consideraba que la Biblioteca Nacional otorgaría mayor atención a sus "labores científicas largamente acreditadas, puesto que sus finalidades son mucho más vastas y ambiciosas que las de una

institución guardiana de libros y periódicos”.<sup>21</sup> Quedó a cargo de la conducción del instituto el director en funciones de la Biblioteca Nacional, Ernesto de la Torre Villar, quien en poco tiempo logró integrar una planta de académicos y bibliotecarios que se proponía realizar trabajos de investigación e iniciar el registro de la producción bibliográfica mexicana. Los primeros se darían a conocer mediante la publicación de ensayos, bibliografías, catálogos e índices, y con la edición de un órgano de difusión *ad hoc*, y ése no era otro que el *Boletín* ahora, del *Instituto de Investigaciones Bibliográficas*. Los resultados de la segunda labor se publicarían en dos revistas, la bibliografía retrospectiva en el *Anuario bibliográfico*, y la corriente o actual en entregas bimestrales con el título de *Bibliografía mexicana*. El año que se tomó como punto de referencia para esta empresa fue el de 1958.

Los acomodos tomaron un tiempo que se prolongó por los sucesos de 1968, así que 1969 saludó la primera época del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* cuyos editores en las primeras páginas de su número uno resaltaban el vínculo de la universidad con la Biblioteca Nacional, por extensión con la hemeroteca, explicaban los motivos de su reciente subordinación al instituto, distinguían las funciones de instituto, biblioteca y hemeroteca, y describían brevemente el plan editorial del *Boletín*:

Al crearse el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, que comprende tanto a la Biblioteca como a la Hemeroteca Nacionales, su órgano oficial de difusión es el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (Biblioteca y Hemeroteca Nacionales) cuyo primer número es el del primer semestre de 1969. Con una periodicidad semestral, el *Boletín* editado por un Consejo Editorial integrado por investigadores de las dos

<sup>21</sup> Esta reforma se publicó en *Gaceta UNAM*. Nueva época, vol. 17, núm. 2 (15 ene. 1968), p. 6. Tomado de “Instituto de Investigaciones Bibliográficas”. En *La investigación en los Institutos y Centros de Humanidades: 1929-1979*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, «Cincuentenario de la Autonomía de la Universidad Nacional, 4», pp. 69-70.

dependencias, acogerá preferentemente los trabajos de investigación realizados por los investigadores del Instituto. Publicará también, cuando lo estime pertinente, estudios de personas destacadas en el campo de la bibliografía y la bibliotecología y procurará servir de difusor de estas disciplinas tanto dentro de México como en ámbitos más amplios.

El plan se cumplió más o menos rigurosamente, los diez primeros números aparecieron semestralmente de enero de 1969 a diciembre de 1973, los nueve siguientes fueron anuales y van de 1974-1982, aunque es necesario señalar que del 14-19 aparecieron dos números por volumen, lo que forma una colección de 16 volúmenes. En principio se pensó numerar la colección por tomos, la idea se abandonó en el cuarto número, de modo que el que es, en realidad, el número 3 se editó como número 1 del tomo 2. Todos los números, menos el cuatro, llevan un suplemento, del 1-3 y del 5-6, se continuó la serie de autógrafos de la Biblioteca Nacional formada por Enrique Fernández Ledesma e iniciada en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Los suplementos siguientes tienen su propia numeración que se interrumpe en los números dobles. Entre algunos de los asuntos que tratan los diez suplementos se encuentran las ediciones facsimilares del *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, y de los *Arcos triunfales* de Joaquín Velázquez de León preparadas por Roberto Moreno de los Arcos; la de un documento de Diego de León Pinelo precedida por un estudio sobre el derecho indiano de Ernesto de la Torre Villar, que incluye un apéndice con la bibliografía de León Pinelo y otros documentos; la publicación de una parte de la correspondencia de Margarita Maza de Juárez recopilada por Andrea Sánchez Quintanar; el rescate y descripción de un valioso manuscrito sobre los actos académicos durante el virreinato que se encuentra en la Biblioteca Nacional, realizado por Jesús Yhmoff Cabrera; la versión paleográfica y estudio del *Compendio de providencias de policía de México del segundo Conde de Revilla Gigedo* de Ignacio González Polo; la semblanza de José María Roa Bárcena, y las de los directo-

res de la Biblioteca Nacional, de Luisa Rico Mansard y María Rosa Carreté Puy-Cercús, respectivamente.

En el número 2 se publicaron las conferencias leídas durante las actividades conmemorativas del primer centenario de la Biblioteca Nacional a finales de 1967, con la intención de difundir su conocimiento y reflexionar sobre su quehacer a lo largo de un siglo. El director Ernesto de la Torre Villar, Rubén Bonifaz Nuño, entonces coordinador de humanidades, María Teresa Chávez Campomanes, Manuel de Ezcurdia, Alicia Perales, Pedro Zamora, Rafael Montejano y Aguiñaga, José Ignacio Mantecón, Porfirio Martínez Peñaloza, Juan B. Iguíniz, Francisco Monterde, Ignacio Osorio, Roberto Moreno de los Arcos y Jorge Inclán, revisaron diferentes aspectos de la historia y expusieron interesantes puntos de vista sobre el papel del repositorio nacional. El *Boletín* refleja en cierto modo los cambios de la planta de investigadores del instituto con la incorporación de autores y la separación de otros, como la muy lamentable de Juan B. Iguíniz, a quien se le dedicó el número 4 del segundo semestre de 1970, un par de años antes de su muerte. Entre los investigadores que colaboraron en esta primera época, además de los que ya lo hacían en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* como Ernesto de la Torre Villar, Juan B. Iguíniz, Roberto Moreno de los Arcos, José Ignacio Mantecón, José Quiñones, Irma Contreras, Ignacio Osorio, Francisco Monterde, Alicia Perales y Gloria Escamilla, encontramos a María del Carmen Ruiz Castañeda, que ocupó el cargo de directora de la Hemeroteca Nacional y posteriormente del instituto, Ramiro Navarro de Anda, Lucina Moreno Valle, Jesús Yhmoff, Germán Viveros, Andrea Sánchez Quintanar, Lucila Flamand, Ignacio González Polo, Luis Rublúo, Jorge Guerra, Luz Marina Quiroga, Luis Olivera y Francisco Ziga, entre otros. Las aportaciones de este grupo fueron enriquecidas con trabajos de historiadores y bibliógrafos que se acercaron por momentos al instituto como Ignacio Dávila Garibi, Ignacio del Río, Silvio Zavala, Serge Zaitzeff, Masae Sugawara, James Willis Robb, Roberto S. Vargas, José Miguel Quintana, Gabriel Agraz García de Alba, Ramiro Lafuente

y Rosa María Fernández de Zamora, Luisa F. Rico Mansard y Aurelio de los Reyes. Los diversos intereses de los colaboradores del *Boletín* favorecieron la publicación de artículos, notas, bibliografías, catálogos y reseñas sobre múltiples materias. Muchos de estos trabajos son textos ineludibles para los estudiosos del libro, la imprenta, la prensa, la literatura y la historia de México y, desde luego, de la historia de la Biblioteca Nacional. Así, el estudio en tres entregas sobre las *Gazetas de México* de María del Carmen Ruiz Castañeda, el “Ensayo bibliográfico de Antonio de León y Gama” compuesto por Roberto Moreno, las bibliografías de Heriberto Frías, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer y Rafael López, formadas por James W. Brown, James Willis Robb, Othón Lara Barba y Serge Zaitzeff, respectivamente, el “Inventario del Archivo del Comisario General de las provincias franciscanas de Nueva España y Filipinas” levantado por Ignacio Mantecón, el catálogo de *Guías de forasteros y Calendarios mexicanos* que se conservan en la Biblioteca Nacional de Alberto Lamadrid, la bibliografía de partidos políticos mexicanos de Ignacio González Polo, los estudios sobre manuscritos, incunables e impresos e impresores de los siglos XV y XVI de Jesús Yhmoff, las relaciones de efemérides de la Biblioteca Nacional y de la universidad elaborada la primera por Jorge Inclán y la segunda por Rafael Carrasco Puente, los ensayos de Irma Contreras sobre la obra de Manuel Gutiérrez Nájera, numerosos trabajos y reseñas de obras sobre catalogación, bibliotecología y materias afines de Gloria Escamilla y Ramiro Navarro de Anda, la serie de Bibliografía pedagógica a cargo de Francisco Ziga, en fin, una extensa miscelánea bibliográfica, herramienta de consulta indispensable que sufrirá una suspensión de cinco años para continuar en una segunda época.

En efecto el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* se interrumpió en 1982 e inició una segunda época en 1987 que alcanzó siete números anuales, de los cuales el último apareció hasta 1995. Los cinco primeros se apegan al formato del anterior y son acompañados del suplemento respectivo: el del número uno corresponde a las adiciones a *La imprenta en México* de José Toribio Medina

encontradas por Francisco González de Cossío, el del dos es una cronología histórica sobre la tauromaquia con reproducciones facsimilares de diversos impresos de José Francisco Coello Ugalde, el del tres es un ensayo de Manuel Calvillo sobre un documento del Real Consulado de México que fue enviado a las Cortes de Cádiz en 1811, el suplemento del cuatro es un ensayo bibliográfico de Stella Mastrángelo sobre la vida y obra de Nicolás Maquiavelo, y el del cinco es un trabajo de Jorge Guerra Ruiz sobre libros, editores y grabadores del siglo XVI.

Los objetivos del *Boletín* para esta segunda época fueron ratificados en una breve introducción de la directora María del Carmen Ruiz Castañeda en la que menciona sus antecedentes y explica que

su función seguirá siendo la de difundir la producción bibliográfica nacional, tanto retrospectiva como actual, la bibliografía extranjera relacionada con México o de interés al desarrollo cultural, técnico y científico del país, y desde luego publicar los resultados de los trabajos de investigación que se llevan a cabo en el propio Instituto.

Pocos cambios en su forma y contenido sufrió el *Boletín* en esta segunda época, se suman los nombres de algunos de los investigadores y técnicos académicos que se incorporaron al instituto entre 1983-1992 y entregaron alguna colaboración relacionada con sus proyectos académicos e intereses: Gabriel Gutiérrez Pantoja, Guadalupe Curiel Defossé, Luis Mario Schneider, Irma Lombardo, José Pascual Buxó, María Teresa Camarillo, Miguel Ángel Castro, Octavio Gordillo, Francisco Márquez, Luz María Mendoza, Silvia González Marín, Alejandro González Acosta, Eva Ríos Servín, Martha Celis, Víctor Manuel Carrillo y Susano Espinosa, entre otros. Al igual que en la época precedente encontraron lugar en el *Boletín* trabajos sobre materia bibliográfica de investigadores de otras instituciones como María Guadalupe García Barragán, Elisa García Barragán, Tomás Fernández Robaina, Miguel Mathes, Roberto Heredia Correa, Stella Mastrángelo, Judith Licea y Dolores Bravo.

En resumen, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* recogió el espíritu y algunos propósitos de las revistas literarias más importantes de su época, así como los de su antecesor inmediato el *Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano*, y los orientó, como tenía que ser, hacia la Biblioteca Nacional, pues se trataba de dotarla de un órgano de divulgación que le permitiera vincularse con otras bibliotecas e instituciones educativas para marcar la pauta de sus trabajos, enriquecer sus fondos, mejorar el cuidado, la organización y administración del acervo, así como desarrollar sus servicios de información en general. Bajo esta consigna se inició y continuó en una segunda época que, al cesar, pasó la encomienda más o menos intacta a su sucesor el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, que, a su vez, ha concluido dos etapas y se encuentra, por fortuna, rebosante de vida en su nueva época, y así, se coloca entre las publicaciones más antiguas o cuando menos, de más rancio abolengo, de la Universidad Nacional.